

6. El día a día lleno de una búsqueda de sentido

“Bajó con ellos a Nazaret y les estaba sujeto.
Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón” (Lc 2,51).

La vida diaria permanece la misma durante otros veinte años, pero el corazón con el que María la vivió entró en una fase nueva, más profunda, más dramática. La realidad diaria se encontraba ahora aún más habitada del sentido de las cosas de Dios, como Jesús les había solicitado.

¿Pero qué quiere decir esto? Si no habían comprendido las palabras que dijo Jesús, y si después todo se volvió normal, ¿qué quiere decir que todo había cambiado, que era más denso, más conforme al sentido de las cosas de Dios?

Todo cambió porque su vida diaria se llenó de repente de una búsqueda de sentido más irresistible, de un sentido del misterio del Hijo y de su misión más dramático. María conservaba las palabras y los hechos en un corazón hecho todo interrogación, lleno de silencio, por lo tanto, de espera por comprender lo que no había podido comprender hasta ahora, pero que había entrado en su vida, en su conciencia. Y cada instante, cada día, cada semana y mes de estos veinte años se habían ya despertado con una vigilancia nueva. Todo estaba alerta para dejarse sorprender por el impacto sobre ellos y sobre todo de la misión del Hijo y, por lo tanto, alerta para acoger el acontecer de las cosas de Dios Padre.

En María, esta vigilancia, esta búsqueda de sentido de las cosas de Dios, este deseo de dejarlas acontecer, de abrirse a esta novedad, no con angustia y resentimiento, sino con deseo y confianza, con esperanza, ya no se apagó más, no fue vencido por la cotidianidad, por la monotonía de la vida de Nazaré. Lo comprendemos por la manera en que, veinte años después, reaccionó en las bodas de Caná.

Las bodas de Caná fueron un acontecimiento cotidiano, normal. María estaba allí porque los esposos debían ser parientes suyos. Normal y cotidiano el invitar también al Hijo y a sus amigos. Normal y cotidiano que se bebiese mucho y que, si era gente pobre, hubiese poco vino. Quién sabe si también el “¡No tienen vino!” (Jn 2,3) no fuese también un reproche sutil a Jesús, como aquella vez en el Templo, por haber puesto en un aprieto a los pobres parientes viniendo a las bodas con todos aquellos discípulos, ¡acostumbrados a empinar el codo...!

Pero en realidad, incluso aquella constatación: “Ya no tienen vino”, estaba llena de la búsqueda de sentido de las cosas de Dios que el corazón de María había ejercitado en todos aquellos años. Jesús lo percibe, porque conocía el corazón de su Madre. “¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora” (Jn 2,4).

Jesús percibe que María no tiene con Él una relación materna instintiva, que la palabra que Él le dijo en el Templo, la ha cultivado ella en el corazón y en la conciencia de sí misma, de Él y de todo, incluida aquella fiesta de bodas, incluido el

vino que falta. María mira siempre a Jesús dentro de la confesión de fe de que Él está aquí para estar en las cosas de su Padre, para cumplir el designio del Padre. Ella ofrece a esta posición del Hijo de Dios, al sentido de Su presencia en el mundo, todo lo que sucede. Lo ha hecho siempre, durante todos los años vividos junto a Él en Nazaret, incluso cuando Le decía “¿Me puedes sacar un cubo de agua del pozo?”, “Ven, la comida ya está lista”, “¿No te parece que a tu padre José le cuesta hoy respirar?”, “No tengo leña para el fuego”, “Nuestro primo Jacob ha perdido una oveja en los montes”, “Lleva un poco de pan y queso a la viuda de Simeón”, etc., etc. Después de aquel día en el Templo, María no podía decir nada, pensar nada, sin percibir en el fondo de las cosas, de las relaciones, sobre todo de la relación con Jesús, el sentido de las cosas de Dios que Jesús vivía profundamente, que Lo constituía, y que Su presencia le transmitía a ella y a todos en cada circunstancia de la vida.

Él dijo: “Debo estar en las cosas de mi Padre”. No era solamente un *tener que hacer*, era un *estar*, un *ser*, una dedicación de su ser, una misión constitutiva de su persona, de su corazón, que Le pedía presencia, un estar presente allí donde el Padre realizaba su voluntad, Su designio, porque el designio del Padre, las cosas del Padre, se realizaban en la presencia entregada del Hijo, entregada hasta el sacrificio.

Por esto, tampoco Jesús podía escuchar las palabras de María, sus preguntas, sus constataciones cotidianas, sin todo el espesor de su sentido de las cosas del Padre, No podía oír a su Madre decir “Ya no tienen vino”, sin oír en estas palabras, y en la situación en la que se expresaban, toda la resonancia del sentido de las cosas del Padre que hacía arder de amor su conciencia. Por esto responde, reacciona, pensando en su Hora, en su Hora pascual, en aquella Hora de muerte y resurrección de la que hablará a Pedro y compañeros.

Y María sabe que esta es la posición del Hijo ante la vida y la realidad, y se fía, se confía a este estar del Hijo en las cosas de su Padre: «Su Madre dijo a los servidores: “¡Haced lo que él os diga!”» (Jn 2,5)

Como si dijese: ‘No es necesario entender antes el sentido de lo que os dirá. Tampoco yo comprendí lo que me dijo cuando tenía doce años, como no comprendí tampoco lo que me decía el Ángel en la Anunciación, o el anciano Simeón en el Templo, pero me conformé con esta palabra, con esta propuesta que me pedía también un modo de ser Su madre que antes no imaginaba. Y he verificado, he tenido experiencia, de que esta posición hace más densa y fecunda toda la vida. Uno hace sus cosas banales, cotidianas, quizá con cansancio y aridez, y sin embargo sirve a las cosas de Dios, deja hacer a Cristo las cosas del Padre. ‘Vosotros llenad de agua las tinajas, como hacéis siempre, porque son tinajas para la purificación ritual de los Judíos (Jn 2,6), y debéis llenarlas antes de cualquier banquete, y he aquí que precisamente este gesto, este servicio sin mayor importancia, Él lo transformará radicalmente haciéndolo expresión de Su misión de salvación, de Su estar aquí para las cosas del Padre’.